

LA MUJER: LA CLAVE DE LA SEGURIDAD ALIMENTARIA

**AGNES R. QUISUMBING • LYNN R. BROWN • HILARY SIMS FELDSTEIN
LAWRENCE HADDAD • CHRISTINE PEÑA**



INFORME SOBRE POLÍTICA ALIMENTARIA

**INSTITUTO INTERNACIONAL DE INVESTIGACIONES
SOBRE POLÍTICAS ALIMENTARIAS**



El Instituto Internacional de Investigaciones sobre Políticas Alimentarias fue establecido en 1975 para identificar y analizar diversas estrategias y políticas nacionales e internacionales para atender las necesidades alimentarias del mundo en desarrollo sobre una base sostenible, prestando particular atención a los países de bajos ingresos y a los grupos más pobres de esos países. Si bien la actividad de investigación se orienta precisamente hacia el objetivo de contribuir a la reducción del hambre y de la malnutrición, los factores que intervienen son muchos y de amplio alcance, exigen análisis de los procesos básicos y se extienden más allá del sector de alimentación estrictamente definido. El programa de investigaciones del Instituto refleja una colaboración mundial con los gobiernos y las instituciones públicas y privadas interesadas en aumentar la producción de alimentos y hacer que la distribución sea más equitativa. Los resultados de la investigación se divulgan a autoridades normativas, árbitros de opinión, administradores, analistas de política, investigadores y otros interesados en la política alimentaria y agrícola en las esferas nacional e internacional.



El IFPRI es un centro de investigaciones perteneciente al Grupo Consultivo sobre Investigaciones Agrícolas Internacionales y recibe apoyo de Australia, el Banco Asiático de Desarrollo, el Banco Interamericano de Desarrollo, el Banco Mundial, Bélgica, el Brasil, el Canadá, CARE, el Centro de Política sobre Aprovechamiento de la Tierra y Agricultura (Sudáfrica), China, Colombia, la Comisión Europea, Dinamarca, España, los Estados Unidos de América, las Filipinas, el Fondo Internacional de Desarrollo Agrícola, Francia, la Fundación Ford, la Fundación Neys-Van Hoogstraten, la Fundación Rockefeller, la India, el Instituto de los Recursos Mundiales, Irlanda, Italia, el Japón, Malawi, México, el Ministerio Federal Alemán de Cooperación Económica y Desarrollo, Mozambique, Noruega, el Organismo Alemán de Cooperación Técnica, la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación, los Países Bajos, el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, el Reino Unido, el Subcomité de Nutrición de las Naciones Unidas, Sudáfrica, Suecia, Suiza, Túnez, Venezuela y World Vision.

LA MUJER: LA CLAVE DE LA SEGURIDAD ALIMENTARIA

**AGNES R. QUISUMBING • LYNN R. BROWN • HILARY SIMS FELDSTEIN
LAWRENCE HADDAD • CHRISTINE PEÑA**



INFORME SOBRE POLÍTICA ALIMENTARIA
INSTITUTO INTERNACIONAL DE INVESTIGACIONES
SOBRE POLÍTICAS ALIMENTARIAS

Washington, D.C.
Agosto de 1995

ÍNDICE

Prefacio	v
Los tres pilares de la seguridad alimentaria	1
La mujer y la producción agrícola	1
La mujer y el acceso económico a los alimentos	9
La mujer y la seguridad nutricional	12
Conclusiones y recomendaciones	15
Notas	17

PREFACIO

El papel de la mujer en la economía se ha subestimado con frecuencia y su trabajo en la agricultura ha sido invisible por mucho tiempo. Las autoridades normativas, pese a haber enfocado los programas de población, salud y nutrición en la mujer dentro de su función reproductiva, la han desatendido como agente de producción. Sin embargo, esa situación está en proceso de cambio. En el decenio transcurrido desde la Conferencia Mundial sobre la Mujer celebrada en Nairobi, Kenya, en 1985, nuevas investigaciones han destacado el papel crucial de la mujer como administradora y trabajadora agrícola en todo el mundo. Con frecuencia cada vez mayor se comprueba que el ingreso en manos de la mujer contribuye más a la seguridad alimentaria de la familia y la nutrición infantil que el controlado por el hombre. Esos conocimientos sobre la función clave de la mujer en la seguridad alimentaria son indispensables para diseñar y ejecutar programas eficaces para ampliar su potencial. La Cuarta Conferencia Mundial sobre la Mujer celebrada en Beijing, China, en septiembre de 1995, es un hito para evaluar el progreso alcanzado por la mujer en el último decenio, hacer un balance de los conocimientos actuales y ampliarlos para orientar las políticas futuras.

El Instituto Internacional de Investigaciones sobre Políticas Alimentarias (IFPRI) asigna alta prioridad a la investigación destinada a comprender mejor el papel de la mujer en la agricultura y la seguridad alimentaria. El trabajo del IFPRI en ese campo comenzó con una serie de estudios

sobre los efectos de la comercialización agrícola en el ingreso de la mujer, el consumo de alimentos y la nutrición de la familia y del niño. Ahora, por medio de un programa de investigación multinacional de «fortalecimiento de la política alimentaria por medio del análisis intrafamiliar», los investigadores del IFPRI examinan los procesos de adopción de decisiones dentro de la familia para determinar cómo se asignan los recursos en ese medio. Esas investigaciones se hacen con el fin de obtener la información necesaria para el diseño y la ejecución de políticas alimentarias más eficaces teniendo en cuenta las diferencias existentes entre el hombre y la mujer en lo que respecta al acceso a los recursos productivos y al control ejercido sobre los mismos, al interés en el desarrollo y la seguridad alimentaria y a la respuesta a los incentivos para el desarrollo.

En este informe sobre política alimentaria se sintetizan las investigaciones en curso sobre la función que desempeña la mujer para garantizar la seguridad alimentaria en el mundo en desarrollo. Se presentan pruebas del papel de la mujer como productora de alimentos, proveedora de alimentos a la familia y contribuyente a la seguridad nutricional de ésta. Con eso se ofrece una prueba concreta de que la reducción de las diferencias por razones de sexo mediante el aumento del capital físico y humano de la mujer fomenta el crecimiento agrícola, el aumento de los ingresos de la mujer y una mayor seguridad alimentaria y nutricional para todos.

LOS TRES PILARES DE LA SEGURIDAD ALIMENTARIA

En la actualidad, 800 millones de personas alrededor del mundo en desarrollo se ven afectadas por inseguridad alimentaria y en los años venideros puede agravarse la dificultad de atender sus necesidades alimentarias y nutricionales. El crecimiento demográfico, la urbanización y el potencial limitado para aumentar la producción por medio de la expansión de las zonas cultivadas implican que tendrá que aumentar el rendimiento para poder atender las necesidades alimentarias en el futuro. Si bien con la investigación agrícola se siguen desarrollando nuevas variedades con mayores rendimientos y una mayor tolerancia a las condiciones ambientales desfavorables, la reducción de los prejuicios en contra de la mujer en la agricultura podría representar una fuente inexplorada de crecimiento agrícola.

Los tres elementos centrales, o pilares, de la seguridad alimentaria son la disponibilidad o la producción suficiente de alimentos; el acceso económico a los alimentos disponibles; y la seguridad nutricional, que a menudo depende de la disponibilidad de recursos no alimentarios, como servicios de cuidado del niño, atención de salud, abastecimiento de agua potable y sanea-

miento. La mujer desempeña una función importante, si no predominante, en el suministro de los tres elementos necesarios para lograr seguridad alimentaria en los países en desarrollo. No obstante, cumple con esa función en medio de enormes restricciones sociales, culturales y económicas.

El presente informe agrupa las pruebas más recientes sobre la función clave que desempeña la mujer para mantener los tres pilares de la seguridad alimentaria y examina la manera de fortalecerlos por medio de políticas y programas que amplíen la capacidad y los recursos de la mujer para cumplir con su función. Una distribución más equitativa de los recursos existentes entre las mujeres y los hombres puede mejorar la seguridad alimentaria, pero se pueden lograr ganancias aún mayores si se abordan las restricciones concretas que afronta la mujer. Al aliviar esas restricciones y nivelar el campo de actuación agrícola, esos programas y políticas contribuirán considerablemente a atender las necesidades mundiales de alimentos y a reducir en forma acusada el número de personas mal nutridas y carentes de seguridad alimentaria en los países en desarrollo.

LA MUJER Y LA PRODUCCIÓN AGRÍCOLA

La producción sostenible de alimentos es el primer pilar de la seguridad alimentaria. En todas las regiones del mundo en desarrollo, pero quizá más en África, millones de mujeres son agricultoras, trabajadoras agrícolas y administradoras de recursos naturales. Con eso contribuyen a la producción agrícola nacional, al mantenimiento del medio ambiente y a la seguridad alimentaria de la familia. Hacen esos aportes a pesar de la desigualdad de acceso a la tierra, a insumos como semillas mejoradas y fertilizante, y a información. Es cada vez más evidente que si el acceso a los insumos fuera menos desigual entre los hombres y las mujeres, la producción agrícola aumentaría mucho, lo que beneficiaría a toda la población.

La mujer como principal productora de alimentos y de cultivos comerciales

En África al Sur del Sahara, donde la mujer y el hombre cultivan parcelas separadas, las agricultoras han tenido siempre la responsabilidad de la producción de alimentos. Las estimaciones de la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO) muestran que la mujer representa más de la mitad de la mano de obra necesaria para producir los alimentos consumidos en el mundo en desarrollo y quizá

tres cuartas partes en África al Sur del Sahara.¹ Los datos agregados indican que la mujer africana realiza alrededor de 90% del trabajo relacionado con la elaboración de cultivos alimentarios y el suministro de agua y leña para la familia, 80% del trabajo de almacenamiento de alimentos y transporte de esos productos de la finca al pueblo, 90% de las labores de cavado con azadón y eliminación de malezas y 60% de la cosecha y comercialización.² A pesar de su especialización tradicional en producción de alimentos, la mujer participa cada vez más en la producción de cultivos comerciales.³

En Asia y América Latina, los hombres y las mujeres no suelen cultivar parcelas separadas, sino que trabajan juntos en la finca familiar. Si bien se cree comúnmente que la agricultura asiática depende casi en su totalidad de mano de obra masculina, la mujer es trabajadora agrícola contratada o trabajadora de la familia sin remuneración y aporta entre 10 y 50% de la mano de obra que exigen varios cultivos.⁴ En América Latina, la mujer desempeña una importante función en la agricultura en pequeña escala. En Guatemala, por ejemplo, la mujer aporta 25% de la mano de obra familiar dedicada al cultivo de verduras tradicionales y de exportación y en el Perú la proporción de mano de obra femenina en todos los cultivos es de 25%. La mujer de América Latina también contribuye mucho a la cosecha, la elaboración postcosecha y la comercialización.⁵

Restricciones que afronta la mujer agricultora

A pesar de su importancia en la producción agrícola, la mujer suele tener un menor nivel de capital físico y humano que el hombre. Esas diferencias persisten por causa de factores legales, sociales e institucionales que crean barreras para la mujer.

Pocos derechos al uso de la tierra

Las leyes que rigen los derechos de la mujer al uso de la tierra difieren mucho en varias partes del mundo. Algunos preceptos religiosos prohíben que la mujer posea tierra. Aun cuando el derecho civil concede a la mujer el derecho a heredar tierra, las costumbres locales pueden determinar lo contrario. En África al Sur del Sahara, donde la

mujer tiene la principal responsabilidad de la producción alimentaria, suele estar limitada en sus derechos al uso de la tierra (o a tenencia en usufructo), que puede ejercer solamente con el consentimiento de un familiar del sexo masculino. Algunos proyectos de reasentamiento y riego han empeorado en realidad la situación de los derechos de la mujer al uso de la tierra al conceder escrituras de propiedad oficiales solamente a los hombres.⁶ Esta inseguridad de la tenencia de la tierra reduce la posibilidad de que la mujer invierta mucho tiempo y recursos en tierra en usufructo o adopte prácticas agrícolas ecológicamente sostenibles, como la siembra de árboles.

Esa desigualdad en los derechos al uso de la tierra se refleja en el menor tamaño de las fincas de las agricultoras. Las agricultoras de África al Sur del Sahara, por ejemplo, a menudo cultivan parcelas más pequeñas tanto en términos absolutos como en relación con el tamaño de la familia (cuadro 1). También se suelen asignar a la mujer terrenos más pobres, cuya calidad se deteriora aún más con el cultivo intensivo.

En muchos programas con objetivos de redistribución, como los programas de reforma agraria, a menudo se deja de reconocer a la mujer como beneficiaria potencial. En un examen de 13 programas de reforma agraria en América Latina se observó que casi en ninguno ha habido un número importante de beneficiarias o ni siquiera se ha prestado atención al género en la clasificación de los beneficiarios.⁷ Aun cuando se incluyen las mujeres cabeza de familia como posibles beneficiarias, se les suele asignar menos tierra que a los hombres de la misma clase. En El Salvador, por ejemplo, entre los afiliados a cooperativas en antiguos latifundios, se asignaban a los hombres cabeza de familia extensiones mucho mayores que a las mujeres de la misma clase.⁸ Por lo tanto, en los proyectos de desarrollo recientes se ha tratado de dar a la mujer más acceso a la tierra (recuadro 1).

Acceso limitado a los recursos de propiedad común

El sustento de las familias, especialmente en las zonas rurales, depende a menudo del acceso de la mujer a terrenos comunales, bosques cercanos y vías fluviales para el suministro de alimentos, leña, agua para el consumo doméstico y la producción agrícola, medicamentos y materiales para la producción de artesanías y la edificación

Cuadro 1 — Tamaño de los terrenos, según el sexo del administrador de la finca o de la persona cabeza de familia en países selectos

País y año	Zona cultivada		Tamaño de la familia		Zona por cada persona de la familia	
	Hombre	Mujer	Hombre	Mujer	Hombre	Mujer
	(hectáreas)		(número de personas)		(hectáreas)	
Kenya (1989)	2,6	1,7	8,6	8,0	0,30	0,21
Nigeria (1989)	2,6	0,8	7,6	4,9	0,34	0,16
Zambia (1986)	2,7	1,2	3,5	1,7	0,77	0,71
El Salvador (1988)	(manzanas ^a)				(manzanas ^a)	
Afiliados a cooperativas	0,78	0,49	5,3	4,8	0,15	0,10
Arrendatarios que se benefician del programa de reforma agraria	1,91	1,81	6,1	5,6	0,31	0,32

Fuentes: Kenya, 1989 y Nigeria, 1989: K. Saito, D. Spurling y H. Mekonnen, *Raising the Productivity of Women Farmers in Sub-Saharan Africa*, Discussion Paper No. 230 (Washington, D.C.: Banco Mundial, 1994); Zambia, 1986: E. Sikapande, «An Evaluation of the Training and Visit (T & V) System of Agricultural Extension in Eastern Province, Zambia» (Tesis de maestría, Universidad de Illinois, 1988); El Salvador: S. Lastarria-Cornhiel, «Female Farmers and Agricultural Production in El Salvador», *Development and Change* 19, No. 4 (1988): 585–615.

^a Una manzana es una medida de superficie.

de viviendas. Como esposa, la mujer tiene casi siempre derechos limitados a esos recursos y su acceso se reduce por causa de la adquisición por el Estado y el cambio del sistema de propiedad común al sistema de concesión de escrituras de propiedad particular. El acceso cada vez menor y la falta de derechos de la mujer a esos recursos pueden reducir el incentivo que se le da para conservar los recursos forestales (recuadro 2). Asimismo, los sistemas de riego públicos suelen considerarse un campo controlado por los

hombres y las decisiones sobre el uso de agua de riego se adoptan sin referencia a las necesidades de la mujer para su propia producción y para fines domésticos.

Falta de equipo y de tecnología apropiada

Por lo general, las agricultoras tienen menos herramientas que los hombres. Puesto que el capital agrícola es un aporte favorable a los

Recuadro 1 Fortalecimiento de los derechos de la mujer a la tierra

En algunos proyectos de desarrollo se ha hecho un intento innovador por dar a la mujer acceso a la tierra. En un proyecto de sericultura realizado por el Banco Mundial en la India se permitió que las mujeres de Jammu y Cachemira obtuvieran escrituras conjuntas de propiedad de huertos de moras si tenían en su poder una carta de su esposo o del dueño del terreno que indicara que no había ninguna objeción. En Andhra Pradesh, varios programas estatales de concesión de terrenos promovieron el acceso de la mujer a la tierra. En Karnataka, se emplearon fondos del proyecto para alquilar terrenos a grupos femeninos. Asimismo, la obtención de escrituras de propiedad de la tierra para las mujeres cabeza de familia es una prioridad en un proyecto de servicios a pequeños agricultores realizado en Chile. La experiencia en este último país, donde los agricultores con tenencia segura de la tierra aceptan la nueva tecnología con más facilidad, lo ha llevado a concentrar las actividades de expedición de escrituras de propiedad de terrenos rurales en los casos más difíciles y necesitados, y a reconocer a la mujer de las zonas rurales explícitamente como beneficiaria.¹

¹ A.R. Quisumbing, *Increasing Women's Agricultural Productivity as Farmers and Workers*, Education and Social Policy Discussion Paper No. 37 (Washington, D.C.: Banco Mundial, 1994.)

Recuadro 2 Los prejuicios sexistas y los derechos de propiedad

En las regiones occidentales de Ghana y de Sumatra se observa una evolución de los derechos de propiedad comunal a los de propiedad individual y de los sistemas de herencia matrilineal a los de herencia patrilineal mixta. La evolución de las reglas de herencia implica un cambio de un sistema en que los miembros de una familia ampliada tienen derechos parciales a la tierra a otro en que predominan los derechos individuales—que el padre hereda a los hijos de ambos sexos. Si bien las hijas pueden heredar la tierra, todo parece indicar que esa herencia favorece cada vez más a los hijos varones.¹

Si se establecen derechos de propiedad de la tierra cultivable solamente para los hombres, es posible que las mujeres no tengan muchos incentivos de adoptar prácticas sostenibles de explotación agrícola. Estos prejuicios sexistas pueden ser de particular importancia en casos en que la práctica apropiada de la ordenación de los recursos naturales exige uso intensivo de mano de obra, como ocurre con la siembra de árboles. En realidad, varios estudios realizados en África señalan que la mujer agricultora tiene menos posibilidades que el hombre de sembrar cultivos arbóreos, como el café y el cacao.²

¹K. Otsuka y A.R. Quisumbing, «Gender and Forest Resource Management: A Comparative Study of Selective Areas of Asia and Africa» (Instituto Internacional de Investigaciones sobre Políticas Alimentarias, Washington, D.C., 1994, documento mimeografiado).

²A.R. Quisumbing, *Gender Differences in Agricultural Productivity: A Survey of Empirical Evidence, Education and Social Policy Discussion Paper No. 36* (Washington, D.C.: Banco Mundial, 1994.)

rendimientos, es posible que ellas obtengan menores rendimientos que sus homólogos del sexo masculino. Además, la nueva tecnología a menudo es inapropiada para atender las necesidades de la mujer. Sin embargo, últimamente, por medio de actividades de investigación internacionales se ha fabricado maquinaria que reduce la carga de las tareas desempeñadas sobre todo por la mujer y que se adapta a sus necesidades ergonómicas. Entre esas nuevas clases de maquinaria cabe citar molinos de arroz pequeños, equipo de siembra directa de semillas, transplantadoras y trilladoras ideados por el

Instituto Internacional de Investigaciones sobre el Arroz (IRRI) y equipo de elaboración de yuca diseñado por el Instituto Internacional de Agricultura Tropical (IITA).

Sin embargo, el efecto de la adopción del uso de equipo que economiza mano de obra para la producción agrícola varía según la clase de personas afectadas, ya sea un conjunto de minifundistas en busca de dispositivos que ahorren mano de obra o un grupo de trabajadores contratados que dependen del empleo generado por grandes familias agrícolas. Para la mujer que cultiva sus propias parcelas, la nueva tecnología agrícola puede reducir la carga de trabajo y aumentar la productividad. Pero para las trabajadoras contratadas, la adopción del empleo de dispositivos que permiten ahorrar mano de obra puede significar la pérdida de empleo e ingresos (recuadro 3). Además, donde el esposo es quien adopta principalmente las decisiones sobre inversión en equipo, la inversión en tecnología que ahorra mano de obra a la mujer reviste casi siempre poca prioridad.

Contacto limitado con la extensión agrícola

La mujer, a pesar de su papel destacado en la agricultura, no recibe una justa proporción del asesoramiento ofrecido en extensión agrícola ni de otros servicios (como los de suministro de semillas, fertilizante y crédito por medio del sistema de extensión agrícola). En África, como la mujer cultiva parcelas separadas y su esposo no comparte necesariamente la información sobre extensión con ella, es importante darle acceso a los servicios de extensión. Sin embargo, en varios países de África al Sur del Sahara se ha comprobado que los agricultores tienen mayor contacto con los servicios de extensión que sus homólogas (cuadro 2). Se observa un patrón similar entre las beneficiarias de la reforma agraria en El Salvador: las familias encabezadas por hombres tienen acceso mucho mayor a asistencia técnica que las encabezadas por mujeres.⁹

Hay cuatro restricciones principales para el acceso de la mujer a los servicios de extensión. Primero, en muchos lugares, las restricciones culturales evitan que los agentes de extensión del sexo masculino se reúnan con las agricultoras. Segundo, las responsabilidades domésticas limitan a veces la movilidad de la mujer y dificultan su asistencia a reuniones y a cursos

Recuadro 3

¿Ayuda o perjudica la tecnología agrícola a la mujer del sector rural?

La distribución de los costos y beneficios de la adopción de tecnología depende de las características socioculturales específicas de un determinado lugar. En un lugar de las Filipinas, la introducción de una trilladora mecánica alivió tanto a los hombres como a las mujeres encargados del trillado y aceleró mucho ese proceso. Como resultado, los cultivadores de arroz pudieron producir un segundo cultivo que, a su vez, aumentó el empleo de la mujer en transplante, eliminación de malezas y cosecha. Los beneficios sobrepasaron con creces el pequeño costo de la menor oportunidad de trabajo manual de trillado. Sin embargo, en Bangladesh, el empleo de un molino mecánico de arroz en sustitución de una trilladora tradicional tuvo un efecto desfavorable para las mujeres pobres y carentes de tierra que devengaban ingresos prestando servicios de molienda manual. El efecto desfavorable provino de restricciones culturales que prohíben que la mujer abandone su estancia para buscar otro empleo.¹

¹ T.R. Paris y P. Pingali, «Do Agricultural Technologies Help or Hurt Poor Farm Women»? Trabajo presentado en el Taller Internacional sobre la mejora del ingreso de la mujer rural por medio de sistemas de diseño apropiado, 10-13 de mayo de 1994, Instituto Internacional de Investigaciones sobre el Arroz, Manila, Filipinas.

celebrados lejos de su casa. En tercer lugar, la mujer tiene menos posibilidades que el hombre de hablar el idioma nacional y los servicios de extensión no suelen ofrecerse en el idioma local. Cuarto, no hay suficientes agentes de extensión del sexo femenino (cuadro 3).

Un posible remedio consiste en aumentar el número de mujeres que reciben capacitación apropiada como agentes de extensión agrícola. Otro es

dar capacitación en agricultura a las mujeres formadas como agentes de desarrollo comunitario o en el campo de la economía doméstica para que puedan trabajar directamente con las agricultoras. En Guatemala, las mujeres formadas en economía doméstica se capacitaron en agricultura y en investigación sobre sistemas de explotación agrícola. Ahora cultivan parcelas de demostración con las agricultoras y, en algunos lugares, han ayudado a

Cuadro 2—Asistencia técnica recibida, según el sexo de la persona cabeza de familia

Indicador de asistencia técnica	Familia encabezada por un hombre	Familia encabezada por una mujer
Porcentaje de familias visitadas alguna vez por un agente de extensión		
Kenya (1989)	12	9
Nigeria (1989)	37	22
Tanzania (1984)	40	28
Zambia (1986)	60	19
Puntuación de asistencia técnica ^a		
El Salvador (1988)		
Afiliados a cooperativas	0,74	0,59
Arrendatarios que se benefician del programa de reforma agraria	0,96	0,74

Fuentes: Kenya, 1989 y Nigeria, 1989: K. Saito, D. Spurling, y H. Mekonnen, *Raising the Productivity of Women Farmers in Sub-Saharan Africa*, Discussion Paper No. 230 (Washington, D.C.: Banco Mundial, 1994); Tanzania, 1984: N.M. Mollé, «An Evaluation of the Training and Visit (T & V) System of Agricultural Extension in Muheza District, Tanga Region, Tanzania» (Tesis de maestría, Universidad de Illinois, 1986); Zambia, 1986: E. Sikapande, «An Evaluation of the Training and Visit (T & V) System of Agricultural Extension in Eastern Province, Zambia» (Tesis de maestría, Universidad de Illinois, 1988); El Salvador, 1988: S. Lastarria-Cornhiel, «Female Farmers and Agricultural Production in El Salvador», *Development and Change* 19, No. 4 (1988): 585–615.

^a Basada en una puntuación de 0 para la carencia total de asistencia técnica, 1 para el acceso a información técnica (por ejemplo, a la proveniente de los medios de información pública) y 2 para las visitas de los agentes de extensión agrícola.

Cuadro 3—Número de agricultores por agente de extensión y proporción de agentes de extensión del sexo femenino

Región	Agricultores por agente	Las mujeres como porcentaje de	
		Todo el personal de extensión	Personal de extensión sobre el terreno
África	1.809	11,1	7,0
Asia y el Pacífico	2.661	14,8	14,1
Cercano Oriente	2.499	19,5	9,5
América Latina	2.940	14,5	13,9
Europa	431	15,7	6,6
América del Norte	325	39,2	15,0

Fuente: K. Saito y D. Spurling. *Developing Agricultural Extension for Women Farmers*, Discussion Paper No. 156 (Washington, D.C.: Banco Mundial, 1992).

ampliar el uso de variedades mejoradas por parte de las agricultoras animándolas a formar grupos para producir semillas de maíz, frijol y tomate para consumo doméstico y para la venta.

Una tercera estrategia se centra en fomentar la reunión de los agentes de extensión de uno y otro sexo con los agricultores en grupos. Esta práctica reduciría o eliminaría las restricciones culturales en contra de la interacción de los agentes de extensión del sexo masculino a título particular con las agricultoras y tendría el beneficio complementario de permitir el intercambio de información entre las mujeres de los grupos. El enfoque del trabajo en grupo se ha empleado con éxito en Botswana, Kenya y Nigeria. En Zambia se celebran días de campo separados para hombres y mujeres en que los agricultores observan los materiales de experimentación.

En las Filipinas, los servicios de extensión agrícola han empleado con éxito la radio para transmitir información. Por ejemplo, se empleó la radio para dictar un curso de control integrado de plagas (CIP) en que los agricultores enviaban periódicamente sus tareas y exámenes para evaluación.¹⁰ No obstante, el uso de la radio tuvo menos éxito en Malí, en gran parte porque el idioma empleado en la radio era distinto del hablado localmente.

Falta de acceso al crédito

Las mujeres enfrentan varias barreras para obtener crédito. La propiedad aceptable como garantía, especialmente la tierra, suele estar en manos de los hombres, y las instituciones financieras formales estiman a menudo que los valores en po-

der de las mujeres (por ejemplo, las joyas) son inaceptables. Los costos de las transacciones para obtención de crédito—costos de transporte, trámites, tiempo de espera—pueden ser mayores para la mujer que para el hombre debido al mayor costo de oportunidad de las actividades que se dejan de efectuar. En realidad, en las zonas rurales de Kenya, la distancia hasta un banco es un importante factor determinante de la probabilidad de obtener crédito para las mujeres, pero no para los hombres.¹¹

Las barreras sociales y culturales, el menor grado de escolaridad de la mujer con respecto al hombre y su falta de experiencia en los procedimientos de concesión de préstamos pueden limitar también su movilidad e interacción con jefes de crédito o prestamistas que, en su mayoría, pertenecen al sexo masculino. La exclusión de la mujer de los grupos locales, como los de agricultores, puede impedir que reciba no solamente asesoramiento en materia de extensión, sino también crédito, en particular si el agente de extensión desempeña un papel importante en la adjudicación del crédito. La mujer también tiende a dedicarse a la producción de cultivos de rendimiento relativamente bajo excluidos de los programas de crédito del sector formal.

Desde comienzos del decenio de 1980, varias posibilidades distintas de las ofrecidas en el sector formal han dado acceso a la mujer a crédito y servicios financieros.¹² Casi todos los programas se abstienen de subvencionar mucho las tasas de interés y vinculan la amortización al crédito futuro. Los programas exitosos reducen típicamente los costos de transacción, cobran tasas de interés comercial, establecen

servicios de depósito, se concentran en los clientes pobres, adquieren conocimientos prácticos de generación de ingresos, fortalecen las instituciones locales establecidas como los grupos de agricultores y ponen interés en la prestación de servicios financieros más que en la capacitación empresarial.

Bajo grado de escolaridad

A comienzos del decenio de 1980, las tasas promedio de alfabetismo de los hombres en los países en desarrollo pasaban de 50% y más de dos tercios de las mujeres eran todavía analfabetas.¹³ Esa disparidad sigue siendo mayor en las zonas rurales, donde el rendimiento académico es menor y persiste a pesar de elevadas tasas particulares¹⁴ y sociales¹⁵ de rendimiento derivadas de la educación de la mujer. Esta brecha tiene graves repercusiones para la productividad y el ingreso agrícolas. Los agricultores más instruidos tienen más posibilidades de adoptar nueva tecnología y de tener acceso a servicios de extensión. Por ejemplo, en un estudio del café, un cultivo de alto valor, en Kenya se observó que una mayor educación primaria de las agricultoras no sólo las lleva a sembrar cafetos con más facilidad, sino que amplía la adopción del cultivo del café por otras agricultoras, quienes muestran más posibilidades de imitar a sus homólogas que a los hombres.¹⁶ Por tanto, la inversión insuficiente en la educación de la mujer trae como consecuencia elevados costos de oportunidad.

Adelantos derivados de la eliminación de las limitaciones impuestas a las agricultoras

Las barreras que impiden la mayor productividad de la mujer y el uso de su experiencia y sus conocimientos pueden imponer un enorme costo de oportunidad a la sociedad en lo que respecta a la producción y al ingreso desaprovechados, cuya magnitud sólo ahora comienza a reconocerse. Por ejemplo, muchos estudios muestran que las parcelas controladas por las mujeres tienen menores rendimientos que las controladas por los hombres. Esos rendimientos menores suelen ser el resultado del menor uso de mano de obra y de fertilizante por hectárea en lugar de ineficiencia administrativa y técnica (recuadro 4).¹⁷ La desigualdad de derechos y obligaciones dentro de la familia y las limitaciones de tiempo y recursos

Recuadro 4 Insumos agrícolas y parcelas cultivadas bajo control de las mujeres

Los datos detallados de Burkina Faso muestran que los recursos se asignan de forma ineficiente a las diversas parcelas controladas por distintos miembros de la familia. Las parcelas controladas por mujeres se cultivan con menos intensidad que las controladas por los hombres de la misma familia y sembradas simultáneamente con el mismo cultivo. Se dedica mucha menos mano de obra masculina por hectárea a las parcelas controladas por las mujeres que a otras similares controladas por los hombres. También se emplea mano de obra infantil y de intercambio sin remuneración con más intensidad en las parcelas controladas por los hombres. Por último, casi todo el fertilizante está concentrado en parcelas controladas por hombres, aunque cada unidad adicional de fertilizante aplicado a una parcela da como resultado un aumento progresivamente menor de la producción. La aplicación menos intensiva de recursos a las parcelas cultivadas por la mujer produce menores rendimientos. En un estudio se estima que el valor de la producción familiar podría aumentar de 10 a 20% al reasignar los insumos empleados actualmente en las parcelas.¹

¹H. Alderman, J. Hoddinott, L. Haddad y C. Udry, *Gender Differentials in Farm Productivity: Implications for Household Efficiency and Agricultural Policy*, Documento de trabajo No. 7, División de Alimentación y Consumo (Washington, D.C.: Instituto Internacional de Investigaciones sobre Políticas Alimentarias, 1995.)

financieros de la mujer, le impiden emplear un óptimo nivel de insumos.

En una situación de igualdad de acceso a recursos y a capital humano, las agricultoras pueden lograr rendimientos iguales a los de los hombres o aún mayores, como muestran algunos estudios.¹⁸ En un estudio se estima que el rendimiento de las agricultoras de Kenya podría aumentar 7% si tuvieran los mismos niveles medios de edad (o de experiencia), educación e insumos que los de toda la muestra de agricultores de ambos sexos.¹⁹ Los rendimientos podrían aumentar hasta 24% si todas las agricultoras tuvieran educación primaria.²⁰ Si la mujer tuviera el mismo grado de experiencia y educación y los mismos insumos que el hombre, los rendimientos podrían aumentar entre 9 y 24%. No obstan-

te, hay que interpretar esos resultados con cuidado, ya que en las simulaciones no se aborda la forma en que se pueden aumentar realmente los niveles de insumos.²¹ Puesto que los agricultores más instruidos tienen más posibilidades de usar insumos modernos, la clave para aumentar la productividad agrícola puede estar en la educación de la mujer de las zonas rurales y el aumento de su capital humano y físico.

El potencial inexplorado de la mujer para contribuir a la investigación agropecuaria

Competencia no reconocida

La mujer se ve afectada no solamente por un menor grado de instrucción y falta de acceso a información, sino también porque se deja de reconocer la competencia que ha adquirido. La mujer tiene complejos conocimientos detallados de las variedades de semillas y los sistemas de cultivo a su cargo. Por ejemplo, en el complejo sistema de *chitimene* de Zambia, en que los terrenos forestales y en barbecho se destinan a la producción de cultivos con la tala, cosecha y quema de la vegetación leñosa, tanto los hombres como las mujeres tienen conocimientos detallados de las especies que crecen en los terrenos forestales y en barbecho de la localidad, sus patrones de crecimiento, sus propiedades agronómicas y sus formas de empleo. Sin embargo, cada sexo se especializa en ciertas especies.²² Las investigaciones efectuadas recientemente demuestran el valor de la base de conocimientos autóctonos de la mujer como fuente de crecimiento de la productividad (recuadro 5).

Pocas mujeres dedicadas a las ciencias agrícolas

El número de mujeres que trabajan de investigadoras en ciencias agrícolas o agentes de extensión ha sido minúsculo, hasta hace poco. En todos los Continentes va en aumento el número de mujeres que ingresan al campo de las ciencias agrícolas, pero las cifras son todavía bajas. Una vez capacitadas en el campo científico se les suele asignar la responsabilidad de trabajar en algo relacionado con la mujer, ya sea que esté dentro de su disciplina o no. Su competencia es subutili-

Recuadro 5 Uso de la base de conocimientos autóctonos de la mujer

Los investigadores científicos del Instituto de Ciencias Agronómicas de Rwanda (ISAR) y del Centro Internacional de Agricultura Tropical (CIAT) de Colombia colaboraron con agricultoras locales para producir variedades mejoradas de frijol. Antes, los pronósticos de los fitomejoradores con respecto a las dos o tres variedades de frijol que presentaban máximo potencial en condiciones reales de cultivo habían llevado a lograr ligeros aumentos de la productividad del frijol. En esta actividad de colaboración, se invitó a las agricultoras a examinar más de 20 variedades de frijol en la estación experimental y a llevarse para cultivo las dos o tres que creyeran más prometedoras. Las mujeres sembraron esas variedades con sus propios métodos para experimentar con nuevas variedades. Aunque los criterios de selección empleados por ellas no se limitaron al rendimiento, que había sido la principal medida de clasificación utilizada por los fitomejoradores, las selecciones de las agricultoras dieron rendimientos de 60 a 90% mayores que las de los fitomejoradores. Al cabo de seis estaciones, las agricultoras estaban cultivando todavía los productos que habían escogido.¹

¹L. Sperling y B. Ntabomvura, «Integrating Farmer Experts into On-Station Research», en *Tools for the Field: Methodologies Handbook for Gender Analysis in Agriculture*, ed. H.S. Feldstein y J. Jiggins (West Hartford, Conn., EE.UU.: Kumarian Press, 1994.)

zada y afrontan dificultades en el lugar de trabajo por su condición de minoría.

El programa para mujeres africanas dirigentes en agricultura y el medio ambiente, una innovadora actividad realizada por Winrock International, se concentra en aumentar el número de investigadoras científicas africanas por medio de acceso a oportunidades de educación e investigación en África para estudiantes de cursos de maestría y doctorado. En el programa se reconoce que las becas y los grados universitarios no siempre bastan para que la mujer científica desempeñe una labor eficaz y alcance cargos más altos. Por tanto, el programa incluye capacitación administrativa para la mujer, con preparación particular como minoría en un lugar de trabajo dominado por los hombres. El programa también

adiestra científicos de uno y otro sexo en análisis de la problemática del género para mejorar su competencia en cuanto al diagnóstico referente a nuevas tecnologías convenientes y ayudarles a entender a las agricultoras y a determinar sus necesidades especiales.

Ausencia de la mujer en los órganos decisorios agrícolas y ambientales

La mujer se pasa por alto como persona capaz de adoptar decisiones en la finca y en materia de política. Por mucho tiempo en gran parte de la investigación agrícola se ha hecho caso omiso de la realidad de los sistemas de explotación agrícola y de las preferencias de los agricultores sobre el terreno, lo que da lugar a pérdida de oportunidades y a cálculo erróneo de prioridades. Varios centros internacionales de investigación agrícola han demostrado que al incorporar la opinión de los agricultores al comienzo del proceso de investigación se logra una investigación más productiva y esos centros han ayudado a muchos sistemas nacionales a hacer lo mismo. Sin embargo, se han concentrado en los agricultores del sexo masculino; la inclusión explícita de los conocimientos y perspectivas de la mujer en

este proceso ha sido mucho más lenta y esa demora sigue siendo un obstáculo para atender las necesidades de las productoras.

El proceso de escuchar a las agricultoras y aprender de ellas puede facilitarse ampliando la representación de la mujer en los órganos normativos agrícolas. Es relativamente poco el número de mujeres que han llegado a cargos administrativos de alto rango en instituciones públicas e independientes de investigación y capacitación, ministerios con responsabilidades en los campos de agricultura y medio ambiente y organizaciones no gubernamentales centradas en el medio ambiente.

Se ha hecho un intento interesante por asegurarse de incorporar la opinión de la mujer a las decisiones locales en Burkina Faso, donde el Banco Mundial ha emprendido un proyecto de adopción de decisiones relativas al aprovechamiento de la tierra en la comunidad. El manual de ejecución contiene instrucciones concretas sobre la forma de asegurar la participación de la mujer e incluso indica que en la votación para la aprobación de cualquiera de los planes comunitarios de aprovechamiento de la tierra se exige que 30% de los votantes a favor sean mujeres.²³

LA MUJER Y EL ACCESO ECONÓMICO A LOS ALIMENTOS

El segundo pilar de la seguridad alimentaria es el acceso económico a los alimentos disponibles. El acceso de la familia a los alimentos depende mucho de su ingreso real. En años recientes, un creciente número de estudios ha mostrado que la mejora del bienestar familiar depende no solamente del nivel de ingreso familiar, sino también de quién lo devenga. En esos estudios se observa que la mujer tiende a gastar una parte desproporcionada de sus ingresos en alimentos para la familia, en comparación con el hombre. Además, el ingreso de la mujer guarda una relación más estrecha con la mejora del estado de salud y nutrición de los niños que el ingreso del hombre.

El ingreso de la mujer y la seguridad alimentaria y la nutrición de la familia

La decisión de la mujer de participar en actividades generadoras de ingresos entraña complejas ventajas relativas, y los verdaderos efectos del empleo de la mujer en la seguridad nutricional de la familia dependen de cada caso en particular. Hay suficientes pruebas que apoyan el argumento de que el empleo de la mujer, especialmente en las familias de bajos ingresos, puede ser bueno no solamente para el propio bienestar de la

mujer, sino también para el resto de los miembros de la familia.²⁴ Casi todas estas pruebas se refieren a los efectos favorables que tiene el ingreso de la mujer en la seguridad alimentaria y la nutrición de la familia.

Varios estudios realizados en el decenio de 1980 indican que las mujeres y los hombres gastan el ingreso que controlan de una manera sistemáticamente distinta.²⁵ Las mujeres suelen gastar una elevada proporción de sus ingresos en alimentos y atención de salud para los niños, así como en otros bienes para el consumo general de la familia. En cambio, los hombres mantienen control discrecional de una mayor proporción de sus ingresos para gastos personales. Las comprobaciones de esos estudios se confirmaron luego con estudios más recientes que proporcionan medidas cuantitativas de los diferentes efectos del ingreso de los hombres y las mujeres (recuadro 6).

Las pruebas provenientes de África, Asia y América Latina muestran que el ingreso de la mujer tiene un mayor efecto en la seguridad alimentaria de la familia y en la nutrición de los niños preescolares que el ingreso del hombre (cuadro 4). En el Sudoeste de Kenya, en un determinado nivel de ingreso familiar, la proporción del ingreso controlado por la mujer tuvo un efecto favorable y significativo en el consumo de calorías de la familia, en tanto que el ingreso del hombre tuvo un efecto negativo.²⁶ Un estudio en que se emplearon datos de Taiwán señala que, después de mantener constante el ingreso familiar per cápita, la proporción del ingreso de la mujer tiene un efecto significativo y favorable en la proporción del presupuesto familiar destinada a productos de primera necesidad y a educación y uno negativo en la proporción del presupuesto destinada a la compra de alcohol y cigarrillos.²⁷ En Guatemala, las utilidades anuales promedio provenientes de los cultivos agrícolas no tradicionales de exportación aumentarían el gasto familiar en alimentos al doble si fueran controladas por la mujer en lugar de su esposo.²⁸ Por último, uno de los estudios más cuidadosos jamás efectuados sobre los efectos que tiene el ingreso del hombre y de la mujer para el bienestar muestra que el efecto favorable en la probabilidad de supervivencia de un niño en las zonas urbanas del Brasil es casi 20 veces mayor cuando ciertas fuentes de ingreso se destinan a la mujer y no al hombre.²⁹

Recuadro 6 **El ingreso de la mujer y la seguridad alimentaria de la familia**

Cada vez hay más pruebas que corroboran el gran efecto que tienen los ingresos de la mujer en la seguridad alimentaria de la familia. En Rwanda, el ingreso en efectivo devengado por la mujer tiene una relación favorable e importante con el consumo de calorías de la familia.¹ Aunque el ingreso de las mujeres fue menor que el ingreso total de los hombres y éstos tuvieron un ingreso no agrícola diez veces superior al de ellas, no hubo familias encabezadas por mujeres con niños con malnutrición grave y se observó solamente una mínima proporción con deficiencia calórica.² En la Côte d'Ivoire, la proporción del ingreso familiar en efectivo devengado por la mujer tiene un efecto favorable y significativo en la proporción del presupuesto destinada a alimentos.³ Por último, en las Filipinas, después de controlar el gasto total de la familia en general, se ha demostrado que la proporción del ingreso devengado por la mujer tiene una relación favorable y significativa con la disponibilidad de calorías de la familia, la proporción del presupuesto familiar dedicada a atención médica y educación de los niños (importantes insumos nutricionales no alimentarios) y el peso para la edad de los niños de edad preescolar. La probabilidad de incidencia de fiebre y diarrea en niños de esa edad también es menor en las familias en las que la mujer devenga mayores ingresos.⁴

¹ J. von Braun, H. de Haen y J. Blanken, *Commercialization of Agriculture under Population Pressure: Effects on Production, Consumption, and Nutrition in Rwanda*, Informe de investigaciones No. 85 (Washington, D.C.: Instituto Internacional de Investigaciones sobre Políticas Alimentarias, 1991.)

² J. von Braun y G. Wiegand-Jahn, «Income Sources and Income Uses of the Malnourished Poor in Northwest Rwanda», en *Income Sources of Malnourished People in Rural Areas: Microlevel Information and Policy Implications*, ed. J. von Braun y R. Pandya-Lorch, Documento de trabajo No. 5 sobre comercialización de la agricultura y nutrición (Washington, D.C.: Instituto Internacional de Investigaciones sobre Políticas Alimentarias, 1991.)

³ L. Haddad y J. Hoddinott, «Household Resource Allocation in the Côte d'Ivoire: Inferences from Expenditure Data», en *Poverty and Rural Development*, ed. T.A. Lloyd y W.O. Morrissey (Londres: Macmillan, próximo a publicarse.)

⁴ M. García, «Impact of Female Sources of Income on Food Demand among Rural Households in the Philippines», *Quarterly Journal of International Agriculture* 30, No. 2 (1991): 109-124.

Cuadro 4—Efectos del ingreso devengado por el hombre y la mujer en el bienestar de la familia

País	Efecto en	Efecto del ingreso de la mujer	Efecto del ingreso del hombre	Relación efecto del ingreso de la mujer-efecto del ingreso del hombre
Kenya	El nivel de calorías de la familia	Favorable	Desfavorable	...
Taiwán	La proporción del presupuesto familiar empleada para comprar alcohol	Desfavorable	Desfavorable	1,3
Guatemala	El gasto en alimentos	Favorable	Favorable	2
Brasil	El peso para la talla de los niños	Favorable	Favorable	4,2
Brasil	La supervivencia infantil	Favorable	Favorable	18,2

Fuentes: Kenya: E. Kennedy, «Income Sources of the Rural Poor in Southwestern Kenya», en *Income Sources of Malnourished People in Rural Areas: Microlevel Information and Policy Implications*, ed. J. von Braun y R. Pandya-Lorch, Documento de trabajo No. 5 sobre comercialización de la agricultura y nutrición (Washington, D.C.: Instituto Internacional de Investigaciones sobre Políticas Alimentarias, 1991); Taiwán: D. Thomas y C.L. Chen, *Income Shares and Shares of Income: Empirical Tests of Models of Household Resource Allocations*, Labor and Population Program Working Paper No. 94-08 (Santa Mónica, Calif., EE.UU.: Rand Corporation, 1994); Guatemala: E. Katz, «Intrahousehold Resource Allocation in the Guatemalan Central Highlands: The Impact of Nontraditional Agricultural Exports» (Tesis de doctorado, Universidad de Wisconsin, Madison, 1992); Brasil: D. Thomas, «Like Father, Like Son; Like Mother, Like Daughter: Parental Resources and Child Height», *Journal of Human Resources* 29, No. 4 (1994): 950–988.

¿Por qué tienden las mujeres y los hombres a gastar sus ingresos en forma diferente? Las normas sociales y culturales pueden asignar a la mujer el papel de «vigilante», con el que ella se asegura de que los miembros de la familia, especialmente los niños, reciban una proporción suficiente de los alimentos disponibles. Otra posibilidad es que la mujer prefiera gastar más en las necesidades diarias de los niños porque pasa más tiempo con ellos. Tal vez la mujer tenga restricciones distintas de las del hombre. Por ejemplo, para reducir al mínimo las diferentes exigencias hechas con respecto a su tiempo, es posible que la mujer gaste más en alimentos porque compra calorías más costosas que llevan menos tiempo de preparación. Por último, quizá el hombre y la mujer tengan diferentes corrientes de ingresos y, por consiguiente, diferentes costos de transacción. En otras palabras, puesto que el ingreso de la mujer tiende a llegar con más frecuencia y en menor cuantía, es

posible que se gaste con más facilidad en las necesidades diarias de subsistencia de la familia que el ingreso estacional recibido en una suma global, que tiende a destinarse a los hombres y puede gastarse en artículos más costosos.³⁰ En un reciente estudio se puso a prueba esa hipótesis controlando las corrientes de ingresos devengados por hombres y mujeres del Níger.³¹ Las comprobaciones indican que el momento en que se produce la corriente de ingresos de la mujer tiene un importante efecto en el gasto total y el gasto en alimentos de la familia en una estación dada, en tanto que el momento en que se produce la corriente de ingresos del hombre no tiene efecto alguno. Esto indica que la mujer tiene menos acceso que el hombre a los recursos que tienden a nivelar el consumo, como el crédito y el ahorro. Por tanto, el momento en que se recibe el ingreso familiar total y se produce la corriente de ingresos por sexo influye en el gasto estacional en alimentos.

La mujer y la pobreza

Puesto que el ingreso es un factor crítico determinante de la capacidad que tiene la familia de obtener alimentos, la pobreza es una grave amenaza para la seguridad alimentaria de la familia. La combinación de pobreza y desigualdad por razón de sexo presenta una amenaza aún mayor por causa del resultado nutricional favorable relacionado con el mayor ingreso de la mujer y la comprobación empírica de que la desigualdad dentro de la familia tiende a reducirse a medida que mejora la situación de la mujer.

Un cuidadoso examen de varios estudios pasados revela que hay una representación ligeramente excesiva de la mujer en las familias pobres. Las nuevas pruebas obtenidas de 11 conjuntos de datos en 10 países muestran que hay más mujeres que hombres como proporción de adultos en el grupo de menores ingresos, pero eso es muy diferente de lo observado en el grupo de mayores ingresos únicamente en los países con extremados prejuicios sexistas.³²

Dados los resultados nutricionales favorables del aumento del ingreso de la mujer, el creciente porcentaje de familias encabezadas por mujeres

alrededor del mundo es motivo de preocupación porque algunos estudios anteriores muestran una relación entre las mujeres cabeza de familia y la pobreza.³³ Un análisis más detenido de las medidas de pobreza de los miembros de las familias encabezadas por hombres y por mujeres en las zonas rurales de Ghana y Bangladesh muestra que hay muchas más personas en las familias encabezadas por mujeres que están por debajo del umbral de pobreza.³⁴ Por consiguiente, el acceso de los pobres a la educación y a otros recursos que tienden a elevar el nivel de ingresos tiene graves repercusiones para el creciente número de mujeres que son el único sostén de su familia.

El tiempo es una dimensión clave de la pobreza que no suele tenerse debidamente en cuenta en los análisis en que se emplea el gasto o el ingreso total. Cuando se incluye el tiempo gastado en producción doméstica (como el cuidado de los niños y la búsqueda de leña y agua) en el cómputo de todo el ingreso familiar, la mujer aporta entre 40 y 60% del ingreso familiar.³⁵ En cualquier actividad realizada para incrementar el ingreso en efectivo de la mujer es preciso tener en cuenta las exigencias conflictivas de las responsabilidades familiares y la necesidad de que la mujer mantenga su propio estado nutricional.

LA MUJER Y LA SEGURIDAD NUTRICIONAL

El tercer pilar de la seguridad alimentaria es el logro de seguridad nutricional, es decir, de un buen estado nutricional con una cantidad suficiente de proteína, energía, micronutrientes y minerales para todos los miembros de la familia. Se necesita una cantidad suficiente de alimentos en el hogar para lograr seguridad nutricional, pero no basta con eso. Otros factores clave contribuyentes a la buena nutrición son una atención adecuada de la salud y del niño y acceso a agua limpia y a buen saneamiento. La mujer tiene la responsabilidad casi exclusiva de mantener la seguridad nutricional de la familia por medio de una buena alimentación y de disponibilidad de otros recursos. Su capacidad para administrar dichos recursos reviste particular importancia para los miembros más vulnerables de la familia, como los niños.

Asignación del tiempo de la mujer

El tiempo es un puntal de importancia crítica para la disponibilidad y el uso de esos insumos complementarios. Casi sin excepción, los factores no alimentarios contribuyentes a la nutrición exigen una inversión complementaria de tiempo que, en general, proviene de la mujer.

Producción agrícola y doméstica

Dado el papel que desempeña la mujer en la producción agrícola, la producción doméstica y la reproducción, la mujer de los países en desarrollo dispone relativamente de menos tiempo que el

hombre. Puesto que la producción doméstica y la reproducción son de competencia casi exclusiva de la mujer, podría esperarse que ella dedique menos tiempo a la producción agrícola que el hombre. Sin embargo, los datos provenientes de Botswana, Burkina Faso, Kenya, Nigeria y Zambia muestran que ese no es el caso (recuadro 7).³⁶

A la carga de la producción agrícola se suma el papel que desempeña la mujer en la producción doméstica, incluso la preparación de alimentos y la recolección de leña y agua. En muchas regiones del mundo, la mujer gasta hasta cinco horas diarias en la recolección de leña y agua y hasta cuatro horas diarias en la preparación de alimentos.³⁷

Cuidado de los miembros de la familia

La provisión de «cuidado», es decir, la dedicación de suficiente tiempo y atención para satisfacer las necesidades físicas, mentales y sociales de los niños en crecimiento y de otros miembros de la familia es un insumo decisivo para la buena nutrición. El cuidado afecta la seguridad nutricional de dos formas generales: primero, por medio de prácticas de alimentación como la lactancia materna y la preparación de alimentos nutritivos para los bebés destetados y otros miembros de la familia, y segundo, por medio de prácticas saludables e higiénicas, como el baño de los niños y el lavado de las manos antes de preparar los alimentos. Esta clase de comportamiento centrado en el cuidado, particularmente el de los niños, exige uso intensivo de tiempo; sin embargo, los estudios sobre la asignación del tiempo muestran siempre que se dedican períodos relativamente cortos al cuidado directo del niño. En un estudio realizado en Bangladesh, Bostwana, Ghana, Kenya y las Filipinas, el tiempo registrado en cuidado directo del niño fue generalmente menos de una hora, excepto en Bostwana y las Filipinas. De acuerdo con el diseño del estudio, todas las familias que formaban parte de la muestra tomada en las Filipinas tenían por lo menos un niño de edad preescolar y aun así el tiempo dedicado al cuidado del niño solía ser únicamente de unas dos horas diarias.³⁸

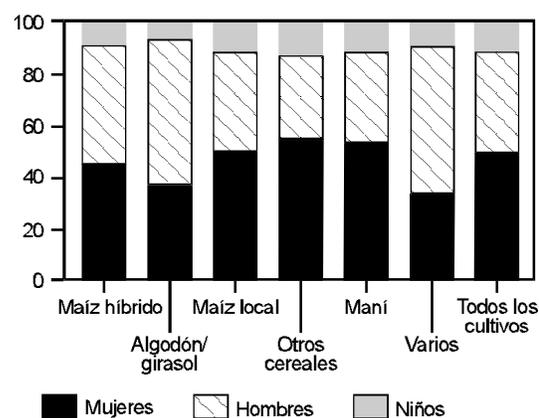
Para la mujer es siempre difícil escoger entre varias posibilidades al adoptar decisiones relativas a la asignación de tiempo. En épocas de dificultades económicas, ella asume a menudo la carga del ajuste. Absorbe los choques del bienestar de la familia ampliando su jornada de trabajo ya prolongada al máximo, a menudo con perjuicio de su propia salud y nutrición. El ritmo acelerado de la urbaniza-

Recuadro 7 Producción agrícola de la mujer en Zambia

En Zambia, las mujeres representan 49% de la mano de obra familiar asignada a la producción de cultivos, los hombres aportan 39% y los niños, 12%. Además, no es necesariamente cierta la opinión tradicional de que en África al Sur del Sahara la mujer se especializa en producción de cultivos alimentarios y el hombre en producción de cultivos comerciales. En Zambia no es nada insignificante la mano de obra que aporta la mujer a los cultivos comerciales—maíz híbrido, girasol y algodón. La mujer aporta 44% del total de la mano de obra familiar al cultivo de maíz híbrido y 38% al de algodón y girasol.

Proporción de la mano de obra aportada por los miembros de la familia para la producción de cultivos selectos en Zambia

Porcentaje de mano de obra por cultivo



Fuente: S. Kumar, *Adoption of Hybrid Maize in Zambia: Effects on Gender Roles, Food Consumption and Nutrition*, Informe de investigaciones No. 100 (Washington, D.C.: Instituto Internacional de Investigaciones sobre Políticas Alimentarias, 1994), cuadro 18.

ción en muchos países y la mayor participación femenina en la fuerza laboral implican exigencias aún mayores con respecto al tiempo de la mujer. Ella recurre a alimentos preparados y «de venta ambulante» para ahorrar tiempo y trata de buscar quien la reemplace en el cuidado de los niños con el fin de poder participar en el mercado de trabajo. El mayor tiempo gastado en actividades de generación de ingresos (traducido en un mayor gasto en alimentos) y en el uso de servicios de salud y educación puede

mejorar la nutrición infantil, pero la pérdida de tiempo gastado directamente en el cuidado del niño puede neutralizar ese efecto. La propia nutrición de la mujer puede empeorar también cuando ella dedica más tiempo a la generación de ingresos.³⁹ Sin embargo, el aumento del índice de empleo femenino fuera del hogar puede ampliar el poder de negociación de la mujer dentro de la familia. Por consiguiente, reviste importancia crítica el desarrollo de tecnología que alivie la carga de tiempo de la mujer en la producción agrícola y el mantenimiento de la casa sin sacrificar su capacidad para devengar ingresos de forma independiente.

Estado nutricional de la mujer como insumo para la nutrición y salud del niño

La protección del estado nutricional de la mujer es importante para que el estado nutricional del niño parta de una buena base. Con el mantenimiento de un buen estado nutricional antes del embarazo, el aumento de peso durante éste, una buena alimentación durante la lactancia y la producción de leche materna, las madres bien nutridas pueden tener bebés con más peso al nacer y niños bien nutridos. El peso al nacer es el principal factor determinante de la mortalidad neonatal e infantil y del crecimiento hasta los siete años de edad.

Se ha demostrado que varios factores maternos son importantes determinantes del peso al nacer; entre los de mayor importancia cabe citar el peso de la madre antes del embarazo y el aumento de peso durante éste. Las mujeres que inician el embarazo con poco peso tienen posibilidades mucho mayores de tener un bebé con bajo peso al nacer (es decir, con menos de 2,5 kg). A medida que aumenta el peso de la madre antes del embarazo se incrementa el peso medio al nacer y se reduce la incidencia de insuficiencia ponderal al nacer.⁴⁰

Existe una estrecha correlación entre el peso del bebé al nacer y el aumento de peso de la madre durante el embarazo. Además, dicho aumento de peso prenatal guarda relación con una baja de la incidencia de parto prematuro (edad gestacional de menos de 37 semanas). Además, si se estima que es inadecuado el estado nutricional antes del embarazo, determinado por la insuficiencia de peso en ese período, el aumento de peso durante el embarazo adquiere aún mayor importancia para el resultado neonatal.

Se ha comprobado también que la malnutrición fetal y en la primera infancia puede ocasionar enfermedades graves, como diabetes no insulino-dependiente, cardiopatía coronaria, hipertensión y accidentes cerebrovasculares a partir de la mitad de la edad adulta.⁴¹ Además, se ha demostrado que las reservas de micronutrientes de las mujeres embarazadas con infección por el VIH, que representan hasta 30% del total de mujeres embarazadas en algunos de los países más afectados, influye en la infección por el VIH del recién nacido. Un estudio hecho en Malawi indicó que a medida que se agotan las reservas de vitamina A de la mujer embarazada aumenta la posibilidad de que el niño nazca VIH-positivo.⁴²

Una observación no tan bien documentada es que la mujer puede servir de amortiguadora de las dificultades de la familia, lo que trae como consecuencia el deterioro de su propio estado nutricional. En estudios de la estacionalidad del estado nutricional de la madre y del niño de edad preescolar se observó que en épocas en que hay excedentes de alimentos el estado nutricional de la mujer vuelve a lo normal con más rapidez que el de los niños de edad preescolar, pero que en la temporada de escasez, el estado nutricional de la mujer se deteriora con más rapidez que el de los niños de esa edad.⁴³ Por ejemplo, el trabajo físico que realiza la mujer de Ghana, particularmente en agricultura, parece tener un efecto desfavorable en su estado nutricional.⁴⁴ En Ghana, las mujeres participantes en un programa de crédito destinado a intensificar el cultivo de arroz y verduras presentaron un peor estado nutricional que las participantes en un programa de crédito enfocado en la elaboración de alimentos que reducía la energía necesaria para realizar esa tarea.⁴⁵

Distribución de alimentos dentro del hogar

Casi todas las pruebas sobre el sesgo en la distribución de alimentos dentro del hogar provienen de Asia Meridional, lo que indica enfáticamente que en esa región existe una gran parcialidad en pro de los hombres y los adultos en lo que respecta a la cantidad de alimentos consumidos.⁴⁶ Eso se puede explicar en parte por la especialización de los hombres adultos en tareas que exigen uso intensivo de energía.⁴⁷ Sin embargo, los niños varones también se ven favorecidos en la distribución

de alimentos, especialmente durante la temporada de escasez.⁴⁸ Hay menos pruebas de que en América Latina y África al Sur del Sahara haya prejuicios en pro de los hombres.

Distribución de otros recursos dentro del hogar

Si bien la discriminación dentro de las familias en lo que respecta a la distribución de alimentos en Asia Meridional puede ser un factor explicativo de las mayores tasas de mortalidad femenina en el grupo de lactantes y niños pequeños, quizá pueda explicarse mejor por las desigualdades de otros insumos necesarios para la supervivencia infantil. La distribución inequitativa de recursos distintos de los alimentos, como la atención de salud y el tiempo

dedicado por la madre al cuidado, dentro de la familia puede ser perjudicial para la salud y la nutrición de la mujer y la niña. Las pruebas de la discriminación contra las niñas en la asignación de esos recursos también provienen sobre todo de Asia Meridional.⁴⁹ Se ha notificado que la cantidad y la calidad de la atención de salud y las probabilidades de supervivencia después de un episodio de diarrea favorecen a los varones. En el Pakistán, las familias de bajos ingresos buscan atención con más frecuencia para los varones que para las niñas y suelen emplear a proveedores de servicios de mejor calidad para los varones.⁵⁰ En realidad, en la India, la lactancia materna es de mayor duración para los varones, en parte porque hay menos urgencia de tener otro hijo después de un varón.⁵¹ En las zonas rurales de Bangladesh el riesgo que tienen las niñas de morir de malnutrición grave supera en más del doble al de los varones.⁵²

CONCLUSIONES Y RECOMENDACIONES

Las mujeres de los países en desarrollo desempeñan actualmente una función decisiva para atender las necesidades de alimentación y nutrición de su familia por medio de los tres pilares de la seguridad alimentaria, a saber, la producción de alimentos, el acceso económico a los alimentos y la seguridad nutricional, pero lo hacen con pocos recursos. Si se eliminaran las restricciones que afrontan las agricultoras y se les concediera acceso a los recursos de que disponen sus homólogos del sexo masculino, podrían hacer un aporte de importancia a la erradicación de la inseguridad alimentaria que aqueja a millones de personas. Para permitir que la mujer materialice su potencial para generar seguridad alimentaria, los gobiernos nacionales y los organismos internacionales deben tomar medidas de política en tres campos generales.

Aumento del capital físico y humano de la mujer

La capacidad de la mujer para cumplir su función de productora de alimentos puede ampliarse mejorando su acceso a recursos, tecnología e información. Se debe hacer todo lo posible por prote-

ger los derechos tradicionales de la mujer a la tierra por medio de registro y concesión de escrituras de propiedad sin discriminación y de inclusión explícita de la mujer como beneficiaria única o conjunta en los programas de reforma agraria. La garantía del uso sostenible de la base de recursos naturales también permitirá que la mujer tenga continuo acceso a los productos forestales necesarios para su sustento. Los programas innovadores de crédito con formas de garantía no tradicionales y las instituciones locales (como los grupos femeninos) permiten asegurarse de que la mujer logre acceso al crédito. Los programas pueden apoyar el desarrollo de tecnología agrícola que tenga en cuenta las necesidades de la mujer y su conocimiento de los sistemas autóctonos de explotación agrícola.

Es indispensable ofrecer servicios eficaces de extensión agrícola a la mujer administradora de la finca para ampliar la adopción de nueva tecnología y lograr aumento de la productividad en agricultura. Los mensajes de extensión pueden adaptarse mejor a las agricultoras y transmitirse de una forma eficaz en función del costo por medio de las instituciones locales. Se puede contratar a más agentes de extensión del sexo femenino, particularmente en las zonas rurales, y

proporcionar más capacitación a las especialistas locales para que puedan convertirse en proveedoras de servicios de extensión. Se puede adiestrar a los agentes de extensión del sexo masculino para trabajar más estrechamente con las mujeres en los medios donde eso sea culturalmente aceptable, por ejemplo, en los grupos femeninos. Esos grupos también pueden mejorar el acceso a la infraestructura sirviendo de cooperativas de comercialización y de asociaciones comunales de riego. Se puede emplear un sistema revisado de incentivos para animar a todos los agentes de extensión a trabajar con agricultoras.

Una mayor educación para las niñas, particularmente en las zonas rurales, es una forma de garantizar la existencia de capital humano en la próxima generación. Donde haya barreras culturales, los gobiernos y las comunidades pueden encontrar mecanismos apropiados para ampliar la matrícula de las niñas, como contratación de más maestras, edificación de escuelas separadas para las niñas, adjudicación de becas y provisión de libros y uniformes para las niñas. Con el tiempo, el aumento del número de jóvenes egresadas de la escuela secundaria formará un conjunto de posibles agentes de extensión.

Los gobiernos y los donantes pueden apoyar la capacitación de más mujeres en ciencias agrícolas y otras afines. Con mayor apoyo de los gobiernos y donantes, será posible incluir a esas mujeres bien capacitadas en cargos de adopción de decisiones en todos los departamentos de asuntos agrícolas y ambientales del Estado y de los organismos bilaterales y multilaterales. Por último, los gobiernos deben asegurarse de que el lugar de trabajo, tanto en el sector agrícola como en otros, ofrezca igualdad de oportunidades a la mujer en lo que respecta a contratación, capacitación y oportunidades de trabajo contribuyentes a su adelanto.

Aumento de la capacidad de generación de ingresos de la mujer

Para aumentar al máximo el efecto favorable que tiene el ingreso de la mujer en la seguridad alimentaria y la nutrición de la familia, hay que hacer todo lo posible por ampliar su capacidad para

generar ingresos y controlarlos. Las restricciones de la producción doméstica a menudo impiden que la mujer aproveche las oportunidades de empleo más remunerativo. Las estrategias deben orientarse hacia una mayor productividad de la mujer en el trabajo remunerado (ya sea en el sector de agricultura o en otros sectores) y en la producción doméstica, de tal forma que pueda incrementar sus ingresos sin sacrificar más tiempo, ni el bienestar de sus hijos ni su propio estado de salud y nutrición. Entre esas estrategias cabe citar el desarrollo de tecnologías para reducir el tiempo gastado en actividades tradicionales de producción doméstica, tales como la molienda y el transporte de agua y la prestación de servicios comunitarios de cuidado del niño. Lo que es más importante, las inversiones en educación y capacitación pueden ser las más decisivas en el caso de la mujer que carece de activos físicos como tierra. El grado de instrucción general y la capacitación práctica también pueden ayudar a muchas mujeres a conseguir empleo fuera del sector agrícola.

Protección del estado de salud y nutrición de la mujer

Una buena salud y una nutrición adecuada son importantes para la mujer en todas las etapas de su vida. La mujer necesita proteger su propia salud y su estado nutricional para poder cumplir con su función productiva y reproductiva.⁵³ Los programas apropiados de desarrollo o de establecimiento de redes de seguridad destinados a la mujer deben ampliar su potencial para devengar ingresos y, al mismo tiempo, reducir la intensidad de la energía o del tiempo dedicado a sus actividades. Esos esfuerzos deben ser apoyados por programas que aborden las necesidades de salud particulares de la niña y de la mujer—especialmente en relación con la pubertad, el embarazo y la lactancia. Entre ellos cabe citar varios programas de tratamiento de la anemia ferropénica y la carencia de vitamina A y yodo, atención general de salud reproductiva y atención prenatal y posnatal. Por último, es preciso dar más poder a la mujer para que busque atención de salud para sí misma y para las personas cuya seguridad alimentaria y nutricional depende de ella.

NOTAS

1. Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación, *Women and Developing Agriculture*, Women in Agriculture Series No. 4 (Roma, 1985).
2. Ibid. y Banco Mundial, *Women in Development: Issues for Economic and Sector Analysis, Policy, Planning, and Research Working Paper No. 269* (Washington, D.C., 1989).
3. K. Saito, D. Spurling y H. Mekonnen, *Raising the Productivity of Women Farmers in Sub-Saharan Africa*, Discussion Paper No. 230 (Washington, D.C.: Banco Mundial, 1994).
4. A.R. Quisumbing, *Increasing Women's Agricultural Productivity as Farmers and Workers*, Education and Social Policy Discussion Paper No. 37 (Washington, D.C.: Banco Mundial, 1994).
5. C.D. Deere y M. León, *Women in Andean Agriculture: Peasant Production and Rural Wage Employment in Colombia and Peru*, Women, Work, and Development Series No. 4 (Ginebra: Oficina Internacional del Trabajo, 1982).
6. Véase J. Dey, «Women in African Rice Farming Systems», en Instituto Internacional de Investigaciones sobre el Arroz, *Women in Rice Farming: Proceedings of a Conference on Women in Rice Farming Systems* (Brookfield, Vt., EE.UU.: Gower Publishers, 1985), pp. 419–444; y J. von Braun y P. Webb, «The Impact of New Crop Technology on the Agricultural Division of Labor in a West African Setting», *Economic Development and Cultural Change* 37, No. 3 (1989): 513–534.
7. C.D. Deere, «The Latin American Agrarian Reform Experience», en *Rural Women and State Policy: Feminist Perspectives on Latin American Agricultural Development*, ed. C.D. Deere y M. León (Boulder, Colo., EE.UU.: Westview Press, 1987).
8. S. Lastarria-Cornhiel, «Female Farmers and Agricultural Production in El Salvador», *Development and Change* 19, No. 4 (1988): 585–615.
9. Ibid.
10. T.H. Stuart, «Bridging the information Gap in Integrated Pest Management», en *Tools for the Field: Methodologies Handbook for Gender Analysis in Agriculture*, ed. H.S. Feldstein y J. Jiggins (West Hartford, Conn., EE.UU.: Kumarian Press, 1994).
11. Saito, Spurling y Mekonnen, *Raising the Productivity of Women Farmers in Sub-Saharan Africa*.
12. S. Holt y H. Ribe, *Developing Financial Institutions for the Poor and Reducing Barriers to Access for Women*, Discussion Paper No. 117 (Washington, D.C.: Banco Mundial, 1991).
13. J. Seager y A. Olson, «Women in the World: An International Atlas» (Nueva York: Simon and Schuster, 1986), citado en I. Jazairy, M. Alamgir y T. Panuccio, *The State of World Rural Poverty: An Inquiry into Its Causes and Consequences* (Nueva York: New York University Press para el Fondo Internacional de Desarrollo Agrícola, 1992).
14. A.R. Quisumbing, *Gender Differences in Agricultural Productivity: A Survey of Empirical Evidence*, Education and Social Policy Discussion Paper No. 36 (Washington, D.C.: Banco Mundial, 1994).

15. K. Subbarao y L. Raney, «Social Gains to Female Education», *Economic Development and Cultural Change*, próximo a publicarse.
16. K. Berger y J. Gunning, comunicación personal, 1992.
17. C. Udry, «Gender, Agricultural Production, and the Theory of the Household» (Evanston, Ill., EE.UU: Departamento de Economía, Northwestern University, 1994, documento mimeografiado).
18. Estas simulaciones también se notificaron en la publicación del Banco Mundial, *Enhancing Women's Participation in Economic Development* (Washington, D.C.: Banco Mundial, 1994).
19. Estas simulaciones se basaron en coeficientes estimados para los productores de maíz en Kenya. Véase P. Mook, «The Efficiency of Women as Farm Managers: Kenya», *American Journal of Agricultural Economics* 58, No. 5 (1976): 831–835.
20. Simulaciones basadas en los coeficientes de Saito, Spurling y Mekonnen, *Raising the Productivity of Women Farmers in Sub-Saharan Africa*.
21. Véase una discusión más técnica en Quisumbing, *Gender Differences in Agricultural Productivity*.
22. D.E. Rocheleau, «Gender, Resource Management and the Rural Landscape: Implications for Agroforestry and Farming Systems Research», en *Gender Issues in Farming Systems Research and Extension*, ed. Susan V. Poats, Marianne Schmink y Anita Spring, Westview Special Studies in Agriculture and Science Policy (Boulder, Colo., EE.UU.: Westview Press, 1988).
23. D. Spurling, comunicación personal, 1995.
24. L. Haddad, «The Impact of Women's Employment Status on Household Food Security at Different Income Levels in Ghana», *Food and Nutrition Bulletin* 14, No. 4 (1992): 341–344.
25. Véase, por ejemplo, G. Guyer, *Household Budgets and Women's Incomes*, African Studies Center Working Paper No. 28 (Boston: Universidad de Boston, 1980); E. Fapohunda, «The Nonpooling Household: A Challenge to Theory», en *A Home Divided*, ed. D. Dwyer y J. Bruce (Stanford, Calif., EE.UU.: Stanford University Press, 1988); R. Tripp, «Farmers and Traders: Some Economic Determinants of Nutritional Status in Northern Ghana», *Food and Nutrition* 8, No. 1 (1982): 3–12; D. Dwyer y J. Bruce, *A Home Divided: Women and Income in the Third World* (Stanford, Calif., EE.UU.: Stanford University Press, 1988); y J. Pahl, «The Allocation of Money within Marriage», *Sociological Review* 32 (mayo de 1983): 237–264.
26. E. Kennedy, «Income Sources of the Rural Poor in Southwestern Kenya», en *Income Sources of Malnourished People in Rural Areas: Microlevel Information and Policy Implications*, ed. J. von Braun y R. Pandya-Lorch, Documento de trabajo No. 5 sobre comercialización de la agricultura y nutrición (Washington, D.C.: Instituto Internacional de Investigaciones sobre Políticas Alimentarias, 1991).
27. D. Thomas y C.L. Chen, *Income Shares and Shares of Income: Empirical Tests of Models of Household Resource Allocations*, Labor and Population Program Working Paper No. 94-08 (Santa Mónica, Calif., EE.UU.: Rand Corporation, 1994).
28. E. Katz, «Intrahousehold Resource Allocation in the Guatemalan Central Highlands: The Impact of Non-traditional Agricultural Exports» (Tesis de doctorado, Universidad de Wisconsin, Madison, 1992).
29. D. Thomas, «Intrahousehold Resource Allocation: An Inferential Approach», *Journal of Human Resources* 25, No. 4 (1990): 635–664.

-
30. S. Hamilton, B. Popkin y D. Spicer, *Women and Nutrition in Third World Countries* (Nueva York: Begin and Garvey, Praeger Special Studies, 1984).
 31. J. Hopkins, C. Levin y L. Haddad, «Women's Income and Household Expenditure Patterns: Gender or Flow? Evidence from Niger», *American Journal of Agricultural Economics* 76, No. 5 (1994): 1219–1225.
 32. L. Haddad, C. Peña, A. Quisumbing y A. Slack, *Poverty and Nutrition within Households: Review and New Evidence*, informe redactado en colaboración con la Unidad de Nutrición, Organización Mundial de la Salud (Washington, D.C.: Instituto Internacional de Investigaciones sobre Políticas Alimentarias, 1995).
 33. Sin embargo, esta relación es desigual e imprevisible y depende del grado de pobreza y de la definición de la persona que encabeza la familia, así como de la exploración de las diferencias entre las familias encabezadas por mujeres.
 34. Haddad, Peña, Quisumbing y Slack, *Poverty and Nutrition within Households: Review and New Evidence*.
 35. L. Goldschmidt-Clermong, *Economic Evaluation of Unpaid Work in the Household. Africa, Asia, Latin America, and Oceania*, Women, Work, and Development Series No. 14 (Ginebra: Organización Internacional del Trabajo, 1987).
 36. Para información sobre el aporte laboral de la mujer a la producción de cultivos alimentarios y comerciales en Burkina Faso, Kenya y Nigeria, véase Saito, Spurling y Mekonnen, *Raising the Productivity of Women Farmers in Sub-Saharan Africa*. Para los datos sobre asignación de tiempo relativos a Botswana, véase L.R. Brown y L. Haddad, *Time Allocation Patterns and Time Burdens: A Gendered Analysis of Seven Countries* (Washington, D.C.: Instituto Internacional de Investigaciones sobre Políticas Alimentarias, 1994). Los datos sobre Zambia se encuentran en S. Kumar, *Adoption of Hybrid Maize in Zambia: Effects on Gender Roles, Food Consumption, and Nutrition*, Informe de investigaciones No. 100 (Washington, D.C.: Instituto Internacional de Investigaciones sobre Políticas Alimentarias, 1994).
 37. Véase Brown y Haddad, *Time Allocation Patterns and Time Burdens: A Gendered Analysis of Seven Countries*, y J. McGuire y B. Popkin, *Helping Women Improve Nutrition in the Developing World: Beating the Zero Sum Game*, Technical Paper No. 114 (Washington, D.C.: Banco Mundial, 1990).
 38. Véase Brown y Haddad, *Time Allocation Patterns and Time Burdens: A Gendered Analysis of Seven Countries*.
 39. Véase L.R. Brown, Y. Yohannes y P. Webb, «Rural Labor-Intensive Public Works: Impacts on Preschooler Nutrition: Evidence from Niger», *American Journal of Agricultural Economics* 76 No. 5 (1994): 1213–1218; y L. Haddad, «The Impact of Women's Employment Status on Household Food Security at Different Income Levels in Ghana».
 40. A. Lechtig, C. Yarbrough, C. Klein, E. Habicht, J.P. Martorell y H. Delgado, «Influence of Maternal Nutrition on Birth Weight», *American Journal of Clinical Nutrition* 28, No. 11 (1975): 1223–1233.
 41. D. Barker, «Rise and Fall of Western Diseases», *Nature* (Reino Unido) 338 (30 de marzo de 1989): 371–372.
 42. R.D. Semba, P.G. Miotti, J.D. Chiphangwi, A.J. Saah, J.K. Canner, G.A. Dallabetta y D.R. Hoover, «Maternal Vitamin A Deficiency and Mother to Child Transmission of HIV-1», *Lancet* 343, No. 8913 (1994): 1593–1597.

43. E. Kennedy, P. Peters y L. Haddad, «Effects of Gender of Head of Household on Women's and Children's Nutritional Status», en *Nutrition in the Nineties*, ed. M. Biswas y Gabr (Oxford: Oxford University Press, próximo a publicarse).
44. P. Higgins y H. Alderman, «Labor and Women's Nutrition: A Study of Energy Expenditure, Fertility, and Nutritional Status in Ghana» (Washington, D.C.: Banco Mundial, 1992, documento mimeografiado).
45. Kennedy, Peters y Haddad, «Effects of Gender of Head of Household on Women's and Children's Nutritional Status».
46. Haddad, Peña, Quisumbing y Slack, *Poverty and Nutrition within Households*.
47. M.M. Pitt, M.R. Rosenzweig y M.N. Hassan, «Productivity, Health, and Inequality in the Intrahousehold Distribution of Food in Low-Income Countries», *American Economic Review* 70, No. 5 (1990): 1139–1156.
48. J. Behrman, «Intrahousehold Allocation of Nutrients in Rural India: Are Boys Favored? Do Parents Exhibit Inequality? *Oxford Economic Papers* 40, No. 1 (1988): 32–54.
49. Haddad, Peña, Quisumbing y Slack, *Poverty and Nutrition within Households*.
50. H. Alderman y P. Gerther, «Family Resources and Gender Differences in Human Capital Investments: The Demand for Children's Medical Care in Pakistan», en *Intrahousehold Resource Allocation: Methods, Application, and Policy*, ed. L. Haddad, J. Hodinott y H. Alderman (Baltimore, Md., EE.UU.: Johns Hopkins University Press, próximo a publicarse).
51. B. Miller, *The Endangered Sex: Neglect of Female Children in Rural North India* (Ithaca, N.Y., EE.UU.: Cornell University Press, 1981).
52. V. Faveau, A. Briend, J. Chakraborty y A.M. Sarder, «The Contribution of Severe Malnutrition to Child Mortality in Rural Bangladesh: Implications for Targeting Nutritional Interventions», *Food and Nutrition Bulletin* 12, No. 3 (1990): 215–219.
53. McGuire y Popkin, *Helping Women Improve Nutrition in the Developing World: Beating the Zero Sum Game*.

Agnes R. Quisumbing es investigadora y Lynn R. Brown, analista de investigación de la División de Consumo de Alimentos y Nutrición del IFPRI. Hilary Sims Feldstein es jefe de análisis de la problemática del género del Programa sobre las Desigualdades entre los Sexos del Grupo Consultivo sobre Investigaciones Agrícolas Internacionales (CGIAR). Lawrence Haddad es director de la División de Consumo de Alimentos y Nutrición del IFPRI. Christine Peña es investigadora visitante del IFPRI.

